

Una vida mejor.

¡Miau! Soy Oliver, el gato. Mi pelaje es anaranjado, mis ojos son grandes y azules y vivo en la ciudad de Zaragoza.

Somos gatos callejeros y al igual que mis compañeros, todos estamos cansados de la misma rutina de esta ciudad: robar pescado en las tiendas o en la basura, buscar refugio cuando llueve o nieva bajo un árbol o puente, arañar muros, etc.

Un día vino Félix, un gato amigo nuestro; él vive en Magallón.

-¿Qué os pasa? Tenéis una cara muy larga. – nos dijo Félix.

-Es que ya nos cansamos de hacer lo mismo en la ciudad- Dije yo como representante del grupo.

-Bueno, yo puedo daros la solución. ¿Qué tal si venís conmigo a vivir a Magallón?

-¿A Magallón? ¿Qué decís chicos, probamos a ver?

Todos mis compañeros contestaron a coro.-¡Si, estaremos encantados!

-Ya veréis, no os arrepentiréis. Yo seré vuestro guía y os contaré todo sobre el pueblo- Dijo Félix orgulloso. Entonces quedamos así.

Al día siguiente, hicimos el largo viaje hasta Magallón. A decir verdad, era un increíble, pueblo que no esperaba ver, estaba en una pequeña montaña en medio de un llano, en la cima se veía un templo.

Félix cumplió su promesa e hizo de nuestro guía turístico. Nos explicó todo lo que había allí: la formidable iglesia de san Lorenzo, y de Santa María de la Huerta, la Plaza España, la ermita de Nuestra Señora del Rocío, el convento de los padres Dominicos e incluso impresionantes miradores, que los habitantes del pueblo llaman” La Molilla”.

Fuimos a ver las vistas a uno de esos miradores antes del anochecer. ¡Y menudas vistas, Miau!

Después, Félix nos guio hasta una casa antigua. Allí el dueño que lo acogió, nos dio de comer y nos preparó un sitio en su corral.

Dos días después de que exploráramos Magallón y sus recovecos el dueño nos dijo:

-Por desgracia no me puedo quedar con todos, pero tampoco me gusta abandonaros. Así que lo que voy a hacer es llamar a más gente del pueblo para que os acoja a todos.

Nosotros asentimos con júbilo. Ya no estamos solos, ahora no tenemos que registrar en la basura cada dos por tres. Esa vida se acabó y ahora empieza una nueva.

Esa tarde, mucha gente acudió a la puerta. Nosotros éramos diez, así que quiso repartir un gato para cada uno.

Juan José, el dueño de Félix, nos sorteó a todos, a mí me tocó con una encantadora niña, morena de ojos color café llamada Elisa. ¡Que mona! Ronroneo nada más verla. Y esa misma noche empecé mi vida con ella.

A un grupo de jóvenes, les tocó **Isina**, una gata negra y blanca. A una mujer viuda le tocó **Tito**, un gatito gris. Un jubilado se quedó con mi vecina **Sony**. A una atleta profesional le tocó tener un poco de mano dura con **Drew**, porque es el más rebelde de nosotros. Una pareja de ancianos acogió a **Lucy**. A unos mellizos les va a tocar cuidar a **Damián**. A **Anastasia** se la llevó el alcalde del pueblo. A **Rufus** se lo llevó una familia que acaba de tener su primer hijo. Y **Mara** terminó con una joven de 19 años, se la presentó a su grupo de amigas y todas se quedaron encantadas.

Las personas de Magallón son muy amables con nosotros.

No me arrepiento de haber venido, ¡Miau! ¡Qué bien se vive aquí!

Nosotros agradecidos hemos decidido que ningún ratón se instale en este pueblo. Salimos a pasear por sus calles, algunas muy empinadas o nos acercamos hasta las piscinas o hasta la cooperativa agrícola. Incluso alguno se ha ido a pasear hasta el río Huecha.

La gente que ya nos conoce se para a hacernos caricias y nosotros ronroneamos con gusto.

-¡Oliver!

Os dejo porque me llama Elisa. ¡Chao amigos gatunos! Si os perdéis, llamadnos. Ya sabéis que nos podéis encontrar en Magallón.

Fin.